

Ellos somos nosotros

LUIS ARANGUREN GONZALO

Doctor en Filosofía y licenciado en Teología.

Formador, conferenciante y escritor

Síntesis del artículo

El autor ofrece pistas educativas para derribar muros y construir puentes en el campo de las identidades. Propone fomentar identidades compartidas a partir de la educación en valores, con criterios preventivos realistas, viables y evaluables.

#PALABRAS CLAVE: Identidad, identidad compartida, valores, jóvenes, adolescentes, educación, racismo.

Abstract

The author offers educational clues to tear down walls and build bridges in the field of identities. He proposes to promote shared identities based on education in values, with realistic, viable and evaluable preventive criteria.

#KEYWORDS: Identity, shared identity, values, youth, adolescents, education, racism.

Introducción

En los años 90 del pasado siglo trabajaba como profesor de Ética en un instituto público de Getafe. Estudiábamos las características del racismo y el respeto a los derechos humanos. En aquellos años comenzaba una inesperada llegada de migrantes africanos a esa población. Propuse a los alumnos que, por grupos, hicieran reportajes en video a inmigrantes del barrio, trabajando en clase previamente los cuestionarios.

Uno de los grupos decidió visitar a cuatro personas que provenían de algún lugar del centro de África, y que vivían desde hacía dos años en el mismo edificio de uno de los alumnos de ese grupo. A la pregunta de qué echaban de menos de su país de origen, uno de ellos contestó: "Echamos de menos la hospitalidad de nuestro pueblo africano. Somos pobres pero nuestra casa está siempre abierta. Si tú y tu familia fuerais un día a mi país ten por seguro que compartiríamos con vosotros nuestra poca comida y os haríamos un



sitio para que pudierais dormir. Y fíjate, llevamos dos años aquí y ahora vienes tú con esa cámara de vídeo y te interesas por nosotros porque tienes que hacer un trabajo para tus estudios”.

Cuando en clase vimos ese video, se hizo un profundo silencio, cerramos el libro de texto y a continuación iniciamos un rico diálogo donde todos sentíamos que estábamos saboreando una de las mejores lecciones que nos habían dado en nuestra vida.

Hasta aquí el relato que puedo aportar como docente en un tiempo donde ya comenzaban a aflorar brotes de racismo entre nuestros jóvenes. Nada sustituye al encuentro personal. Nada como toparse de frente con nuestros prejuicios, estereotipos y tópicos para que sean barridos de un solo golpe de autenticidad.

Es verdad que los centros escolares han de hacerse cargo de todas aquellas realidades sobrevenidas que no aparecen en ningún programa educativo convencional, pero que forman parte del entramado por el que discurre la vida real del alumnado, especialmente el adolescente. Es el caso del racismo y de la aparición de brotes de violencia nos encontramos ante un problema social, familiar, cultural y religioso, que da cuenta de un determinado modo de civilización que estamos construyendo. Nadie escapamos a la reflexión y tratamiento del problema detectado, y sabemos que la educación no lo puede todo; pero en lo que de ella depende, ha de poner lo mejor y más valioso de su inteligencia para afrontar esta realidad¹.

Más vale prevenir que curar, solemos decir con razón. La prevención despliega nuevas posibilidades relacionadas con el cuidado

¹ Tenemos presente la reflexión de Paulo Freire: “Si la educación no lo puede todo, alguna cosa fundamental puede la educación”, en P. Freire, *Pedagogía de la autonomía*, Siglo XXI, Madrid 1998, 108.

de uno mismo y del entorno que nos rodea. Nuestra intención es mostrar criterios de actuación preventivos realistas, viables y evaluables.

El papa Francisco lo repite una y otra vez: que nuestros esfuerzos deben ir en la doble dirección de derribar muros y construir puentes. Esta idea puede quedarse en eslogan de campaña si no le damos contenido.

1 Derribar el muro de los prejuicios: la tarea de deconstruir

El principal muro lo tenemos instalado en la cabeza y en el corazón, que nos hace ver las cosas tal y como nos las presenta buena parte de los medios de comunicación y esa masa informe del “se dice” y “se piensa” que genera el ejército de la despersonalización. El territorio del “se” impersonal es proclive para el que busca ahorro de pensamiento autónomo. Los discursos sobre el otro diferente se alojan en este cómodo espacio donde el juicio y el prejuicio arrasan al dato y al pensamiento crítico.

Es preciso deconstruir la ideología que se esconde detrás de las lógicas racistas y xenóforas. Es decir, debemos desmontar, junto con los jóvenes, los pilares que fortalecen discursos reduccionistas (“los refugiados solo vienen a Europa y nos van a invadir”) y generalizaciones enfermizas (“todos los musulmanes son terroristas”).

Ciertamente, la crisis migratoria que vivimos desde hace décadas ha modificado notablemente la vida de nuestras ciudades y barrios. Pero este hecho, lleno de posibilidades y también de dificultades que hay que afrontar para poder convivir, es visto por la ideología del *nosotros frente a ellos* como el desmoronamiento de lo que teníamos y la pérdida de las señas de identidad de nuestro modo de vivir. Es como si nuestra civilización descarrilara y entráramos,

así, en lo que Bauman denomina “pánico moral”², un temor extendido a través del cual colocamos en esos otros diferentes y extranjeros el mal que nos amenaza como sociedad.

Urge desmontar esta supuesta amenaza. Precisamente la palabra *amenaza* es el fetiche que sostiene la ideología racista de este tiempo. Los otros distintos son presentados en nuestra cotidianidad como amenaza para nuestra seguridad y ante estas personas solo cabe la sospecha, porque algo malo nos espera de ellas. Una vieja viñeta de *El Roto* hacía sacar las siguientes palabras a una cámara de seguridad: “Vigilaos los unos a los otros”; es el nuevo mandamiento de la convivencia bajo el paradigma de la sospecha. Claro que harán falta cámaras de seguridad y medidas frente a los indeseables de cualquier condición, pero la amenaza y la sospecha no puede presidir nuestra convivencia. Eso nos convierte en enfermos de la alteridad adulterada.

Es preciso deconstruir que estamos en un momento pasajero y que las cosas volverán a su cauce. Las migraciones son consustanciales a la especie humana. Lo propio del ser humano es buscar las mejores tierras y posibilidades para construir su vida. Y como dijera Kant, puesto que la superficie de la Tierra no puede extenderse hasta el infinito y es esférica, tenemos que apañarnos los unos con los otros. No nos queda otra. Es la casa común que juntos hemos de disfrutar y construir. Los muros que se levantan en Israel, Estados Unidos, Hungría o Ceuta y Melilla son monumentos a la estupidez humana.

Necesitamos deconstruir la incertidumbre como esa especie de añadido contemporáneo que nos hace más insoportable la vida. La incertidumbre es lo que somos; en ese suelo vivimos y planteamos nuestras decisiones morales. Hay que desmontar el sueño de la

² Z. Bauman, *Extraños llamando a la puerta*, Paidós, Barcelona 2017, 9.

certidumbre como lugar mágico donde todo fluye con naturalidad. La convivencia entre diferentes acarrea no pocas dificultades y pruebas de ensayo y error. A veces el rechazo al otro está propiciado por no querer abandonar el terreno de lo cierto y seguro, de lo ya conocido. La incertidumbre y lo desconocido del otro que nos es extraño resulta difícilmente soportable si no se ve que al otro le puede suceder exactamente lo mismo y si no abrimos la puerta a la sorpresa y a la lección de vida que el otro nos puede dar.

Hemos de deconstruir, por último, ese *desplazamiento moral* que rápidamente coloca al inmigrante la etiqueta de ser una especie de gorrón aprovechado del sistema, y si es musulmán, en potencial terrorista. Esas percepciones y calificaciones rápidamente nos sitúan en la nube de la irresponsabilidad moral; pensar así es una especie de permiso que nos damos para juzgar y condenar al otro sin hacernos cargo de nada. Y nos aleja de cualquier sentimiento que se acerque a la simpatía, empatía o compasión. Este desplazamiento moral se urde en un sentimiento tan antiguo como el ser humano, pero que Adela Cortina lo define de una manera bien expresiva: la *aporofobia*, es decir, el rechazo, incluso el odio hacia el otro diferente, pero no solo por ser diferente, sino por ser pobre³. No rechazamos al jeque, sino al mantero; no al turista que recorre el centro de la ciudad, sino a los que malviven en los CIES.

2 El puente que une necesidades con valores

Vayamos a los puentes. Tengo para mí que en el trabajo educativo a veces pasamos de largo acerca de las necesidades hondas de los chavales. Ciertos apresuramientos en los pre-

juicios y juicios adolescentes tienen que ver con un mal encaje de las necesidades vitales con los valores que deben ir incorporando a su vida. Más allá de los síntomas que dan cuenta del malestar de esta cultura en el que los adolescentes se mueven, hemos de profundizar más para detectar algunas claves de interpretación que tienen que ver con necesidades profundas resueltas de modo inadecuado. En efecto, el hecho de insultar al otro diferente y de no tolerar su presencia llena un vacío, ocupa un lugar; de alguna forma cubre necesidades no satisfechas.

Hay necesidades físicas y que se mueven en el terreno de las cuestiones más prácticas y vitales: alimentarse, vestirse, desplazarse. Sin embargo, hay otras que tienen que ver con la construcción moral de la persona. Tomamos en cuenta alguna de las necesidades básicas que detecta Simon Weil⁴ y que podemos vincular con la etapa adolescente.

- *Necesito poner orden en mi vida.* El ser humano necesita orden interior para vivir y poder desarrollarse; y ese orden interior se traduce en formas exteriores de comportamiento ordenadas. En un momento tan caótico y desmelenado como el de la etapa adolescente esta necesidad parecerá un contrasentido, y sin embargo es una demanda interior que hay que saber interpretar en medio del bullicio y el sometimiento a la ley del exceso.
- *Necesito echar raíces.* El arraigo es indispensable en adolescentes que toman conciencia de que provienen de lugares diferentes, que son de aquí y del país de sus padres. El cosmopolitismo se abre paso casi sin querer como refuerzo a un arraigo que se produce en nuevos contextos de convivencia entre diferentes. El barrio, la calle, el cole-

³ A. Cortina, *Aporofobia, el rechazo del pobre*, Paidós, Barcelona, 2017. Muy recomendable trabajar didácticamente este libro.

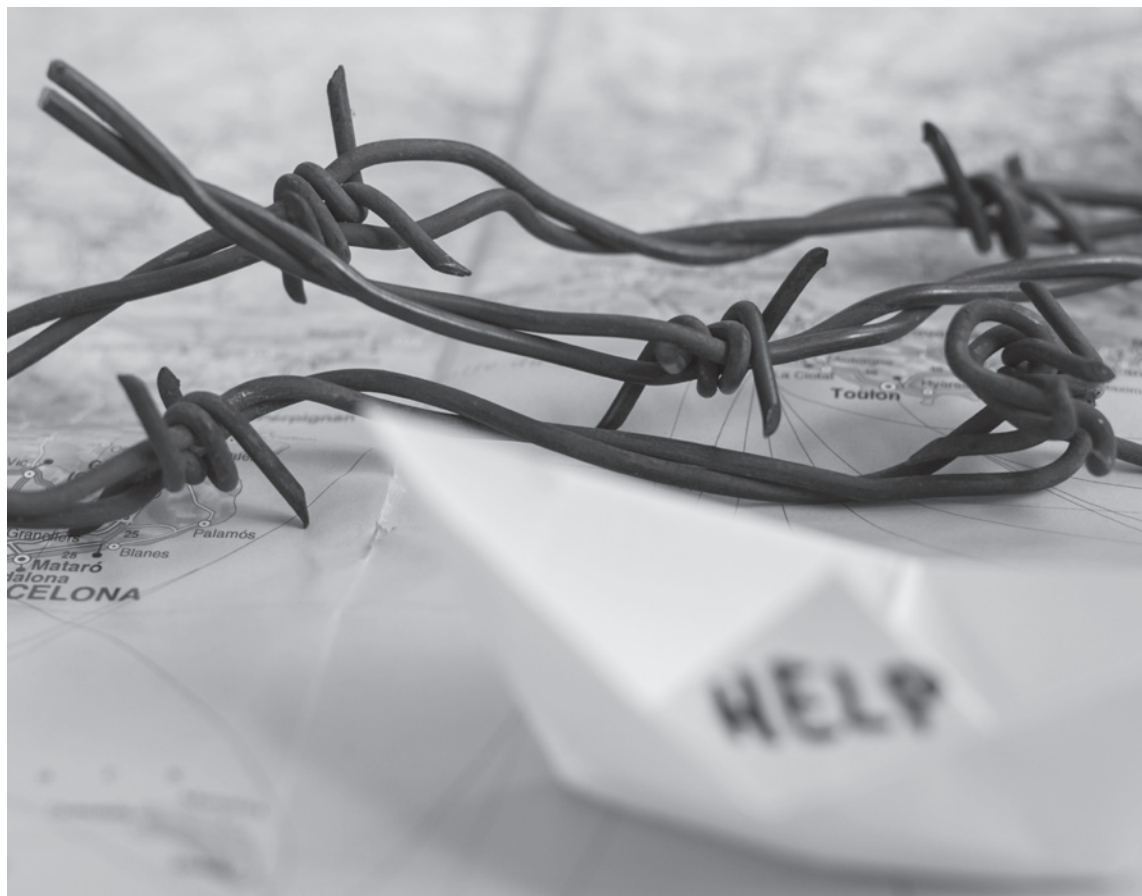
⁴ Cf. S. Weil, *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996. En este trabajo asumimos 5 de las 13 necesidades que Weil plantea, y además planteamos la necesidad de reconocimiento.

gio, son lugares de pertenencia donde se construyen buena parte de las identidades arraigadas de los adolescentes.

- *Necesito jerarquía de valores y de ejemplos.* A pesar de la rebelión ante la generación de sus padres, el adolescente necesita del ejemplo de los mayores, de los valores que merecen ser vividos. El ser humano tiende a jerarquizar la realidad, no solo en su versión estética y de disfrute, sino también ética, social y política. El adolescente es un sujeto moral en construcción, y como tal va elaborando su propia jerarquía de valores y tomando ejemplos de vida.
- *Necesito ser libre.* Por encima de todo y frente a todos. La libertad es el aliento indispensable para el alma humana, decía Weil. Es la posibilidad de elegir, pero de elegir debidamente, de elegir para vivir en plenitud. Por eso, enfocar bien la libertad desde el principio es fundamental, pues en un marco

de represión o de coacción el ser humano queda totalmente determinado.

- *Necesito el riesgo y la aventura.* Y más el adolescente que empieza a volar, que sale de casa, llega tarde, se traslada fuera de los confines del barrio, busca los límites y hasta la transgresión de la norma. Arriesgarse tiene que ver con atreverse, porque una vida sin riesgo ni novedad es un aburrimiento. En sí misma la aventura no es ni buena ni mala, es una necesidad humana.
- *Necesito ser reconocido.* El ser humano necesita ser útil en medio de la sociedad en la que vive, pero además, y sobre todo, necesita que se le tenga en cuenta por lo que es. La etimología francesa de la palabra reconocimiento es *re-connaître*, «volver a nacer con». El adolescente necesita ámbitos de renacimiento a una nueva conciencia de ser persona; aborrece sentirse ser considerado como un estorbo, por eso expre-





sa de maneras a veces difíciles de entender que vale para hacer cosas y responsabilizarse de ellas.

2.1 ¿Qué podemos hacer?

La educación, en su debilidad, debe hacerse fuerte en la defensa de sus fines. Educar es ayudar a formar personas de modo integral, porque no entiende a la persona ni parcelada ni mutilada. Conocimientos, emociones, aprendizajes, destrezas, valores y necesidades van de la mano. Por otra parte, quien educa lo hace para dejar un mundo mejor que como lo encontró al principio. Tomando a Aristóteles, la búsqueda de la felicidad y la justicia se hermanan en el acto educativo. Y esto mismo debe estar presente en las tareas de prevención para no quedarnos cortos de miras.

La prevención se articula a menudo mediante planes, programas o proyectos. En nuestra reflexión optamos por trazar estrategias de trabajo interconectadas entre los diversos miembros de la comunidad educativa y más allá de la comunidad educativa, contando con parroquias, asociaciones, ONG's y plataformas de la sociedad civil que existan en el territorio. Partimos de un problema complejo que demanda respuestas complejas, es decir, "que están tejidas conjuntamente", siguiendo el pensamiento de Edgar Morin.

Una estrategia de prevención, en nuestro caso, es un conjunto articulado de iniciativas que busca el objetivo compartido de prevenir conductas de riesgo y favorecer comportamientos sanadores para la vida de los adolescentes. Esta estrategia se aborda desde un triple enfoque:

- *El cuidado de la vida.* La vida es atractiva si cada persona encuentra un lugar que merezca la pena en ella: su lugar. La prevención llama con insistencia al cuidado de los demás y de uno mismo como forma de protegerse del riesgo innecesario y a la vez de aventurarse en proyectos de vida atractivos. Este

cuidado alienta la construcción de una vida que merece la pena ser vivida. Este enfoque se emparenta con la primera finalidad educativa: formar de manera integral.

- *La movilización educativa.* Mucha gente pequeña, haciendo cosas pequeñas puede cambiar el mundo. La prevención procura la generación de redes de relaciones que favorezcan la amistad cívica, la convivencia en el marco de estilos de vida saludables. Para ello, el concurso de toda la comunidad, dentro y fuera de cada colegio, es indispensable. Con ello estamos reencantando nuestro mundo. Este enfoque se domicilia en la segunda finalidad educativa: transformar nuestro mundo, hacerlo más amable.
- *La convergencia identitaria.* Solo existe una identidad con mayúsculas: la humana, la que nos hace miembros de una sola comunidad, la que conforma la especie humana. Los particularismos identitarios tienen su razón de ser en el campo de lo relativo, de lo que hace relación a un absoluto mayor, que es la condición humana. Este enfoque se relaciona con las múltiples llamadas que existen entre pedagogía y ética en tanto que ambas dimensiones buscan que el ser humano se apropie de aquellas posibilidades que le conduzcan a conseguir día a día una vida buena en una sociedad justa.

2.2 De las necesidades a los valores

Para el educador, el adolescente es una persona en construcción. Esto significa que está elaborando su identidad personal aunque no lo llame de esa manera. ¿Podemos intervenir en ese proceso? Querámoslo o no, lo hacemos, en tanto que somos referencia positiva o negativa para los jóvenes. Más vale que seamos conscientes de ello y lo orientemos de forma positiva. ¿Cómo? Tejiendo cestos cuidadosos de necesidades entretejidas con valores, en la conciencia de que son valores en construcción.

La imagen del cesto nos abre a las mediaciones históricas que pueden ayudar al adolescente a construirse de modo cabal. Con ello, podrá enfrentarse con altura de miras la permanente invitación a deshacer y destejer su vida a través de la mirada corta del racismo y otras formas de rechazo al otro. La metáfora del cesto evoca tres ideas importantes:

- a) El *tiempo*, como criterio de trabajo prescrito por la paciencia y la renuncia al cortoplacismo en la educación.
- b) La *contención*, como espacio de protección y de desarrollo armonioso.
- c) El *junco*, como materia prima, icono antropológico que representa la fragilidad y fortaleza, al mismo tiempo, del ser humano. Quien educa debe trabajar con esos juncos de modo artesanal, recreando una nueva humanidad.

2.2.1 El cesto del yo interior

Es la urdimbre que genera vida buena y vitaliza el proyecto vital. Quien encuentra y cultiva el yo interior en medio del ruido y de la aceleración permanente crea una musculatura personal y personalizadora de enorme calado, que favorecerá la toma de decisiones que engrandecen lo que uno quiere ser, mientras que evitará las que destruyen o debilitan ese proyecto vital. Importa que el adolescente se sienta a gusto consigo mismo, aun en medio de sus vaivenes y de esa permanente tentación a vivir volcado en la extroversión o el qué dirán. Como educadores hemos de favorecer este descubrimiento. Antes nos referimos a la necesidad de *orientación*, de poner orden en la vida personal, así como a la necesidad de *arraigo* en un lugar, con una determinada gente, en los distintos espacios en los que uno participa. Estas necesidades han de ponerse en conexión con cuatro valores imbricados:

- *Silencio*, como creación de un espacio interior rico y nutriente. En medio de la vorági-

ne, el silencio no consiste en callarse sino en hacer hueco y llenar de dentro hacia afuera momentos de quietud. El silencio se abre a la admiración por la belleza de la vida y al reconocimiento de quiénes somos.

- *Prudencia*, como el ejercicio de juzgar y deliberar correctamente sobre lo que es bueno o malo para cada uno y actuar en consecuencia; determina lo que tenemos que escoger y lo que es necesario evitar.
- *Autonomía*, como la conformación de un tipo de persona con pensamiento y criterio propio, capaz de hacer frente a los desafíos de la sociedad masificada; es lo contrario a la dependencia o a la imposición.
- *Hospitalidad*, como la realidad que se genera cuando existe la disposición de acoger al que llega y de procurar que se sienta bien en ese nuevo entorno humano. Solo desde el hondón de nuestra humanidad podemos recibir al que viene y obrar el milagro de convertir al extraño en invitado en nuestro colegio, en nuestra parroquia y en nuestro barrio.

2.2.2 El cesto de la acción cooperativa

Sin duda, la acción cooperativa, ya sean actividades deportivas, eventos culturales, celebraciones o el trabajo en equipo en cualquiera de sus dimensiones, constituyen una tierra buena donde crece la persona sana. La cooperación desarrolla valores poco llamativos para el adolescente, y que tienen que ver con aquello que supone esfuerzo y que se transforma en una cuesta arriba poco atractiva. Estos valores a los que nos referimos a continuación, se vinculan con dos de las necesidades señaladas anteriormente: contar con una cierta *jerarquía* tanto de valores como de modelos de referencia, y la necesidad de *libertad*, para hacer frente a proyectos ilusionantes. Proponemos desarrollar los cuatro valores que siguen:

- *Rigor*, como modo de apuntar al trabajo bien hecho. Precisa de voluntad de mejora y de creencia en uno mismo. El rigor dinamiza un tipo de exigencia ejemplar, que ofrece pautas de orden, sentido de la proporción y puntualidad. Todo trabajo cooperativo es una invitación a mejorar mediante el rigor como forma de tarea bien realizada.
- *Esfuerzo*, como modo de alcanzar algo que cuesta, pero que merece la pena. Lo importante se conquista, raras veces nos viene regalado. A la montaña que se quiere subir, siempre nos estará esperando, pero de nosotros dependerá esforzarnos por llegar a la cumbre y disfrutar de ese momento. Para eso sirve entrenar.
- *Responsabilidad*, como forma de apuntar a las consecuencias de las decisiones que se toman y se han de tomar. El trabajo en equipo obliga a tomar decisiones en favor del colectivo.
- *Inclusión*, como la capacidad de integrar a lo diferente. La acción cooperativa es un espacio privilegiado de inclusión y de integración a través de palabras, gestos, comportamientos y acciones. Frente al grupo cerrado dominante entre los adolescentes, el trabajo en equipo con todo tipo de *otros* favorece la pertenencia a otros espacios humanos donde la inclusión hace posible la armonía en la diversidad.

2.2.3 El cesto del compromiso en favor de los demás

La adolescencia es una etapa de la vida donde es necesario descubrir que hay vida más allá de uno mismo. Acercarse a la realidad de quien sufre cerca o sensibilizarse ante lo que sucede lejos del adolescente, es un antídoto efectivo ante formas de comportamiento que fácilmente pasan de largo ante el sufrimiento y rápidamente juzgan y condenan. Hay necesidades como el *riesgo* y el *reconocimiento* de lo que uno es y vale, que enlazan con

los valores que se abren al compromiso por los demás. Nos detenemos en los siguientes:

- *Cuidado*, como actitud de relación protectora de la realidad personal, social y ambiental, porque comprendemos que todo está interconectado. En especial, el cuidado muestra preferencia por el débil y por lo frágil. Más que hacer cosas por los demás hemos de enfocar educativamente el compromiso como el cuidado hacia los demás, a la naturaleza y a uno mismo.
- *Empatía*, como disposición interior que permite llegar al corazón y a la situación del otro, desde la cual el otro la vive o la sufre. Es llegar a ver con sus ojos, escuchar con sus oídos y captar bien lo que el otro transmite.
- *Solidaridad*, como reacción compasiva ante el sufrimiento del otro. En este sentido es importante presentar a los adolescentes la realidad del voluntariado social o iniciativas como Aprendizaje y Servicio, que se desarrolla en el interior del plan educativo del centro escolar.
- *Convivencia*, como ejercicio de amistad cívica que nos ayuda a vivir respetándonos unos y otros. Participar en proyectos solidarios fomenta un tipo de convivencia entre diferentes enormemente positiva.

2.3 Pedagogía de realización de los valores

No es este el espacio para desarrollar una adecuada pedagogía de los valores. Tan solo apuntamos alguna idea básica, partiendo de que los valores no se enseñan ni se aprenden, sino que se contagian. Educar en los valores apuntados anteriormente, como en el caso de cualquier otro valor de carácter finalista⁵, conlleva un método.

⁵ Apostamos por educar en *valores finalistas*, es decir, valores intrínsecos, que no pueden reducirse a precio, frente a los *valores instrumentales*, que son los que pueden intercambiarse y tienen un precio: el móvil, la televisión, el coche, etc.

Proponemos el siguiente⁶:

- *Desenmascarar* el valor ético de todas las adulteraciones que introduce la cultura dominante. El silencio no es callarse ni la prudencia inhibirse; el rigor nada tiene que ver con la ausencia de flexibilidad ni el cuidado es una expresión de blandenguería. Es preciso sacar a la luz las falsas concepciones y los estereotipos con los que a veces funcionan los adolescentes cuando presentamos determinadas palabras.
- *Verificar* el valor ético allí donde está: presentemos el testimonio de una persona que vive el silencio como ganancia, busquemos la experiencia de trabajo en equipo en actividades escolares y extra escolares, conozcamos qué hace determinada ONG que trabaja en el barrio con las personas inmigrantes.
- *Estimar* el valor en juego. Los valores no están para ser aprendidos de memoria sino aprehendidos por vía gustativa. Los valores existen para ser incorporados, pero solo se puede incorporar a la propia vida aquello que se aprecia. La inclusión me afectará si la descubro como una ganancia en mi propia vida; la responsabilidad será cosa mía y no lo que me dicen otros si la veo como cauce de decisiones que me hacen ser yo mismo; encontraré sentido a la convivencia en la medida en que conozco y genero vínculo con personas diferentes.
- *Realizar* los valores de forma estable, en la medida de lo posible. Al realizarlos, los valores quedan apropiados en cada persona. Esta apropiación se expresa como un acondicionamiento nuevo en la vida personal. Cada valor realizado reacondiciona nuestra casa personal. La solidaridad hecha encuentro cordial con el otro diferente acondiciona y

⁶ Tomamos el esquema de trabajo propuesto en L. A. Aranguren Gonzalo, *Educación en el compromiso*, PPC, Madrid, 2002.

amuebla la vida; la empatía ejercitada nos coloca en una nueva forma de relacionarnos con los demás.

3 El puente que une identidades particulares

Vivimos inmersos en el juego de las identidades. Más que de identidad cabe hablar, en última instancia, de identificación. Identificación con una lengua, una cultura, una tierra concreta e identificación simultánea con la humanidad, que no está lejos, sino que es la que está a tu lado y pertenece a otra cultura o a otro país, o a otra religión. En tanto que seres humanos, compartimos una identidad cosmopolita que nos hace habitantes de la frontera, pero una frontera comprendida como espacio de encuentro y de convivencia. Esa identidad no está escrita en ningún documento; más bien se trata de una práctica por venir. En este marco, las diversas pertenencias de cada cual constituyen todo un proceso de acoplamiento y confluencia en una identidad mestiza, abierta al mundo, pero sin estar determinado por ningún territorio particular, institucional, geográfico, cultural o religioso.

La identificación se mece en el terreno de las prácticas de saludo al extraño, de acogida al extranjero, de juego con el discapacitado, de taller cooperativo entre alumnos de diversas nacionalidades. De este modo, la identidad cosmopolita será el precipitado paulatino de unas prácticas que se convierten en experiencia vital cuando se reflexionan en grupo y se sacan consecuencias de este modo de proceder. Así nace una identidad vivida antes que formulada. Es la *identificación*⁷.

En todo caso, y a efectos de comprender

mejor nuestra apuesta educativa, la formulo como la educación en una *identidad cosmopolita*; es decir, la que compartimos desde las identidades particulares abiertas a lo diferente, entrelazadas con el otro de modo que arraiguemos poco a poco en un poso identitario común en el que nos reconozcamos radicalmente iguales y explícitamente diversos.

El problema de la identidad en estos momentos, por tanto, no se traduce en formulaciones teóricas. Más bien se acomoda en los lugares por donde transcurre la vida corriente de determinada gente. El problema antropológico y psicológico básico consiste en responder a preguntas tales como: cuál es mi lugar en el mundo, en qué espacios me reconozco como persona, con quién me relaciono.

La experiencia educativa debe dar cuenta igualmente de la pregunta sobre el lugar preciso donde vivo la experiencia de ser ciudadano de este mundo. Ayudar a buscar el lugar en el mundo de cada alumno es el nuevo nombre de una identidad que busca espacios de personalización, de crecimiento personal y de humanización. Si nos adentramos en el seno de esta identidad mestiza, que denominamos identidad compartida, observamos que, ante todo, nace como propuesta moral de universalismo solidario y que, en segundo término, atesora en su seno un indudable depósito de capital social capaz de remoralizar al resto de la sociedad.

3.1 En busca de la identidad compartida

La *identidad compartida* la entendemos como la apuesta por la universalización a través de las diferencias, esto es, «un universalismo dialógico y respetuoso con las diferencias»⁸. Y a ello nos lleva la convicción de que, desde el

⁷ Sobre este tema he desarrollado un breve ensayo titulado «¿Podremos vivir juntos? Construcción de una identidad cosmopolita global vivida», en C. García-Rincón (coord.), *Identidad cosmopolita global*, PPC, Madrid 2016, 11-33.

⁸ J. A. Pérez Tapias, «¿Identidades sin fronteras?», en P. Gómez-García (coord.), *Las ilusiones de la identidad*, Cátedra, Madrid 2000, 68.

punto de vista ético, es irrenunciable buscar una moral universalista cosmopolita no abstracta, sino encarnada. La identidad compartida no es tanto un artilugio mental cuanto una propuesta moral cargada de sentido que nos vincula como ciudadanos.

Al decir de Maalouf, "el concepto de universalidad estaría vacío de contenido si no partiera del supuesto previo de que hay valores que conciernen a todos los seres humanos, sin distinción alguna"⁹. Más tarde concluye: "Esos valores priman sobre todas las demás cosas. Las tradiciones solo merecen ser respetadas en la medida en que son respetables, es decir, en la medida exacta en que respetan los derechos fundamentales de los hombres y mujeres. Respetar "tradiciones" o leyes dis-

criminatorias es despreciar a sus víctimas"¹⁰. En este sentido, los valores expresados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, por ejemplo, constituyen una buena muestra de universalismo moral consensuado como reto para la construcción de un mundo más justo y habitable. De ese universalismo debe beber la educación hacia una identidad cosmopolita.

Solo será posible un mundo renovado mediante una confluencia de voluntades, proyectos y estrategias. En este campo acude la identidad compartida como armonización de las diferentes identidades particulares. Coincidimos con Adela Cortina cuando afirma que «la gran asignatura pendiente consiste entonces en educar en una nueva sabiduría: en el saber armonizar las propias identidades, porque cada ser humano se caracte-

⁹ A. Maalouf, *Identidades asesinas*, Alianza, Madrid 1999, 130.

¹⁰ *Ibid.*



riza por un conjunto de identidades, y solo si sabe vivirlas de manera armónica puede ser una persona situada, como diría Ortega, “en su pleno quicio y eficacia vital”. Las personalidades no armónicas están desquiciadas y, lamentablemente, todo lo desquiciado desquicia a su vez»¹¹. Los centros educativos y pastorales construyen identidades colectivas que no pueden alejarse de este patrón de prudencia que exige la armonización de lo plural.

3.2 Características de la identidad compartida

No podemos acotar y definir la identidad compartida en una serie de conceptos que la agoten. Más bien podemos indicar algunas características vitales que configuran una mesa poliédrica y multicolor. Señalamos las siguientes:

- *Identidad fuerte en su aparente debilidad*, en tanto que bebe de fuentes plurales y no busca la fortaleza de una defensa férrea frente a otros. La fortaleza es precisamente la oportunidad para la puesta en común y para la creación de vínculos.
- *Identidad proyectiva*, que experimenta nuevos modos de vivir juntos sin que se excluya a nadie; con ello, igualmente se participa en el proyecto de recrear el tejido de la sociedad civil. Es una identidad creadora de nuevos códigos de comunicación y de transmisión de mensajes a la sociedad.
- *Identidad reticular*, construida desde el ejercicio de la corresponsabilidad horizontal. La identidad es un hecho eminentemente relacional. El fenómeno de las redes de solidaridad solo podrá tomarse verdaderamente en serio cuando sean ámbitos reales de creación de identidades compartidas, desde el momento en que pongan en común recursos, reivindicaciones y proyectos de futuro.

- *Identidad inclusiva y permeable*, en tanto que aglutina en su seno pertenencias distintas y complementarias y configura un *nosotros* inclusivo, más allá de las diferencias existentes entre las diferentes identidades particulares. La identidad cosmopolita saluda a los otros diciendo que *ellos somos nosotros*.
- *Identidad inestable*, en tanto que confluyen múltiples pertenencias. «Salimos de una larga época a través de la cual una de esas pertenencias se “hinchó” hasta ocultar todas las demás y confundirse con la identidad entera»¹². La identidad segura de sí misma ha crecido en relación con la negación de la alteridad diferente, de forma que se ha generado una aparente identidad estable fraguada sobre la negación de la pluralidad. La identidad compartida nos introduce en una inestabilidad proporcional al momento de incertidumbre en el que vivimos.

Puede que esta identidad compartida produzca en no pocos casos la sensación de caer en una identidad desolada (“sin suelo”), sin sustento alguno; en otros casos puede percibirse como la traición a las esencias particulares desde el momento en que dejamos que penetre en nuestras instituciones una identidad compartida, cual nuevo caballo de Troya, que terminará por devorarnos. Puede que algunos piensen que la identidad compartida es la punta de la flecha de la disolución de nuestra especificidad para desembocar en una disolución de “rebajas” de identidad.

En todo caso, creo que se trata de procesos y puentes que debemos construir para hacer efectiva y dar contenido a la máxima evangélica: “era emigrante y me acogisteis” (Mt. 25, 35).

LUIS ARANGUREN GONZALO

¹¹ A. Cortina, *Alianza y contrato*. Madrid, Trotta 2001, 120.

¹² J. Nebreda, «El marco de la identidad o las herencias de Parménides», en P. Gómez-García (coord.), *Las ilusiones de la identidad*, o.c., 178.